

IDEAS que los otomíes tenían acerca del tiempo, del espacio, de Dios, del alma, y del diablo, sacadas de la análisis de las palabras que usan para expresar aquellas ideas.

Má-pá, es la palabra que sirve para expresar la idea del tiempo: *má*, largo, prolongado; *pá*, el día: es decir, que para los creadores de esta lengua el tiempo no era un sér existente de por sí; solo era un prolongado día. ¡Concepcion sublime! en dos sílabas está la mejor definicion del tiempo, definicion que no han podido dar ni los sabios de la antigüedad, ni los sabios modernos: Johanes v. Gumpach es de los modernos el que ha dado una definicion que encierra la idea otomí; pero que no tiene la sublimidad de la sencillez ni la brevedad: él dice: «El tiempo es la suma de todos los movimientos, de los pasados, los presentes y los futuros,» y añade como con terror: «si nosotros tomamos la actividad exterior de la materia por su fuerza, y su fuerza por ella misma.» El otomí dice: el tiempo es un día prolongado, no importa saber cuándo comenzó ni cuándo acabará ese día; pero durante ese día prolongado se han estado verificando todos los movimientos cósmicos y vitales de los mundos; se están verificando y se verificarán, porque cada sol es un creador de luz, cada luz es una fuente de vida: *hiá-dí* y *hia-tzi*.

Maschki es la palabra que sirve para denominar el espacio; *má*, arrojando el aliento por la nariz significa lleno; el *schá* ó *schí* que se oye en la palabra *maschki* significa es, *ki*, venerable: de modo que la idea de espacio que tanto ha ocupado á los teólogos y metafísicos, sin llegar á un resultado, era para los otomíes lo que comienza á ser para los sabios modernos, el *lleno*: los espacios interplanetarios están llenos por el éter, por el elemento verdadero de toda materia, y por esta razon el otomí di-

jo: el espacio es el verdadero lleno; *ki* es venerable.

Okhá, ó como otros dicen *okhuá*, es la palabra que sirve para nombrar lo que otros pueblos llaman Dios, Theos, Got, &c. *O* significa recuerdo; *khuá*, interior: Dios era para los otomíes un recuerdo interior, era una manifestacion de Dios en la misma conciencia humana.

Tzahhia, es la palabra para designar el espíritu, el alma: *ta* es la potencia, la facultad de hacer el possum; *hia*, la respiracion, el aliento: de modo que para ellos el alma era lo que para todos los pueblos de la antigüedad, simplemente el aliento, el *rauch* de los hebreos, el *pneuma* de los griegos, el *spíritus* de los latinos, el *geist* de los antiguos germanos; pero en otomí la expresion es todavía mas enérgica, mas ideológica, porque no solo es el aliento, sino que es á la vez el aliento en accion, con la facultad de poder, de obrar.

Ushkua, es la palabra para nombrar lo que otros pueblos han llamado Satan, el demonio, &c.: *ü* significa el dolor; *khuá*, interior: los otomíes no habian caido en el dualismo, gérmen de infinidad de males positivos para las sociedades; no habia para ellos un sér existente fuera del hombre, que se llamara Satan; no era otra cosa que el dolor interior que aqueja á los hombres.

IDEAS astronómicas, sacadas de la etimología de las palabras.

Hemos visto que el astro de la noche se llama *záná*, el mes lleva el mismo nombre *záná*: un mes era para los otomíes una luna: así, se ve claro que ellos contaban el tiempo por lunas.

La vívora, por el conjunto raro de sus propiedades vitales, sus hábitos y costumbres, ha sido para todos los pueblos de la antigüedad un sér misterioso: los creadores del otomí, filósofos por naturaleza, nunca

podieron dejar de observar este sér de la creacion, y darle un nombre que cuadrara bien á ese raro conjunto, y de facto le llamaron *keya*, ó mejor, como otros dicen, *kehia*: es decir, la venerable vida.

La carrera anual de la tierra en derredor de su órbita, tiene el mismo nombre que el de la vívora; el año se llama *keya* ó *kehia*: de este nombre dado al año se infiere que los otomíes, como los egipcios, representaban la idea del tiempo; el *mapá*, el prolongado día, con una serpiente, y que los otomíes, como los egipcios, en la serpiente veian el símbolo de la eternidad.

El cielo no era para ellos la habitacion de séres bienaventurados; no era lo hermoso, *kosmos*; no era el cincelado, *coelum*; era la realidad misma, era la prolongada extension; *ma hetzi*; *ma*, largo, prolongado; *hetzi*, extension.

HECHOS históricos sacados de la etimología de las palabras.

Los españoles tienen en otomí tres nombres: *Men bom-iadi*, *Boehé*, *Rzábi*: los dos primeros son respetuosos, el tercero es burlesco: el primero quiere decir, sílaba por sílaba, «el venido de dentro del sol,» es decir, el venido del Oriente; el segundo, «el salido de las aguas;» el tercero, «el que tiembla de espanto.»

Supongamos ahora perdida la historia y olvidada la comunicacion de América con Europa, y que mañana vinieran nuevos viajeros ó conquistadores del viejo continente á esta nuestra patria, y que los otomíes les hablaron de unos hombres venidos de Oriente, y que habian salido de las aguas: para los europeos que esto escucharan era fácil adivinar que habia habido un tiempo en que los europeos habian estado en estas tierras: respecto al tercer nombre, no lo hemos leído en ninguna historia, porque

los vencidos no han escrito la historia de su conquista; pero por ese nombre burlesco que les daban los otomíes á los españoles, se deja ver que cuando caian en manos de los guerreros otomíes, temblaban de espanto por la suerte que les aguardaba; *rzábi*, el que tiembla de espanto.

La palabra *indio* no era conocida en este continente; fué introducida por los conquistadores, quienes por creer que habian llegado á las indias orientales por el camino que habia soñado Colon, y por la semejanza que creian ver en los habitantes de este mundo con los del Asia, los llamaron así, *indios*: el otomí, despues de tiempo, se llamó á sí mismo, y á los demas habitantes de este país *Bedi-pefi*; aquí tambien, aun cuando los historiadores no hicieran mencion de que los conquistadores hacian trabajar á los conquistados de una manera cruel y sin recompensar el trabajo, por sola la palabra otomí arriba citada se descubriría este crimen de los conquistadores.

Los otomíes, lo mismo que todos los conquistados, trabajaban para sus amos sin recompensa alguna, y estos los llamaban *indios*; así es que los otomíes racionaron y dijeron: un indio es un hombre que trabaja y pierde la recompensa de su trabajo; luego es un *Bedi-pefi*, trabajo perdido; *bedi* perder, *pefi* trabajo.

Así podiamos multiplicar los ejemplos, pero lo dicho basta, segun creemos, para justificar el título de nuestro trabajo; en los ejemplos citados hemos visto cómo un sonido imitado de la naturaleza inanimada ó animada, sirve para designar el objeto que lo produce; hemos visto cómo por analogía ú observacion de las costumbres de los animales, y por racionio, ese mismo sonido sirve para designar otros objetos, otros actos; y como todos los hombres al aparecer sobre la tierra se han hallado fren-

te á frente con la naturaleza y dotados del mismo don de imitar, de los mismos cinco sentidos que los hombres de la raza otomí; todos han debido formar su lenguaje del mismo modo que los otomíes: que se haya olvidado y perdido la generacion de las lenguas en la oscuridad de los tiempos, nada prueba en contra de nuestro aserto; esto, cuando mas, quiere decir que el filólogo debe proceder exactamente como procede el paleontólogo: este, para romper el veló que por tantos siglos habia encubierto el origen de nuestro planeta y las grandes revoluciones que se han sucedido en su ancha superficie, ha comenzado por estudiar cómo se forman actualmente los terrenos, cuáles son las causas que concurren para esas formaciones; y así, partiendo de lo conocido á lo desconocido, la paleontología es hoy una ciencia, una luz que ha desterrado las tinieblas que ocultaban, como hemos dicho, el pasado de nuestro planeta.

Siga el filólogo el mismo método; parta en sus estudios de lo conocido á lo desconocido; observe lo que hace el niño y el salvaje en la pequeña tribu; reflexione que el hombre es hoy el mismo que en los pasados tiempos, y sacará esta consecuencia: lo que hoy hace el hombre, ha debido hacer en la infancia de la humanidad.

Un niño que comienza á balbutir algunas palabras mira á un pollo y le oye piar, le llama la atención, lo observa y lo señala á la madre, diciendo, por ejemplo: mamá, pí, pí; es decir, imita la voz del pollo y lo denomina *pipí*: ve y oye mugir un buey, y lo señala y lo denomina *bú*: ve y oye balar una oveja, la señala y denomina *be* ó *me*, y así continuaria formando su lenguaje si no estuvieran allí sus padres para evitarle ese trabajo.

Una tribu observa por vez primera un objeto enteramente desconocido; ¿que ha-

ce? lo examina, lo compara, y con el caudal de voces que posee, y sus correspondientes ideas, compone una nueva palabra que expresa una ó varias propiedades del nuevo objeto; hé aquí por qué todas las lenguas primitivas son sintéticas: la palabra otomí *men bom, iadi*, para nombrar á los españoles, es una prueba de lo dicho.

En una nacion culta, un hombre científico observa un fenómeno extraordinario, descubre una nueva sustancia; ¿qué hace? forma un nuevo nombre con el caudal de su propio idioma, ó recurre á las lenguas de Platon y Séneca para hacer lo mismo que el salvaje, formar un nombre que exprese alguna propiedad del fenómeno ó sustancia.

El comercio, la ciencia ó la industria introducen á un país un objeto desconocido, y que por lo mismo no hay un nombre nacional para nombrarlo; ¿qué hacen los habitantes de aquel país? ó inventan el nombre, ó aceptan el que le dieron en el país donde fué inventado; pero al aceptar ese nombre extranjero, generalmente adulteran la pronunciaci6n; los carros para los caminos de fierro son un ejemplo claro: el nombre inglés es wagon; se adulteró la pronunciaci6n y se dijo huagon ó vuagon.

Y bien, lo que hace el niño en los primeros dias de su existencia, lo que hacen los salvajes, lo que hacen los hombres civilizados, eso mismo sin duda alguna han hecho las diferentes razas á medida que han aparecido sobre la tierra, que han crecido sus relaciones, que conquistaron ó fueron conquistadas, que permanecieron en el mismo lugar que los vió nacer ó que emigraron obligadas por el hambre ó por los cambios geológicos, que por su grandor han causado un trastorno en la naturaleza y han sido una calamidad para los pueblos.

Y es digno de hacer notar que, en los

primeros dias, en los primeros años, en los primeros siglos, los hombres primitivos, han tenido, por necesidad imperiosa, que hacer en grande escala lo que todos los dias hacen los niños; han observado con suma atencion los objetos que les rodeaban; han escuchado á veces con terror, á veces con placer, los ruidos de la naturaleza inanimada; los gritos y el cantar de las aves, el rugir, el mugir, &c., de los demas animales, y para recordar consigo mismos aquellos ruidos terrificos ó halagüeños; para señalar á otras personas el fenómeno meteorológico ó el animal que han visto y escuchado varias veces, han imitado aquellos ruidos, aquellos gritos, aquellos mugidos, &c.; y procediendo así el observador y el que recibe el signo articulado, conjuntamente con la percepci6n del objeto, el nombre queda establecido, y procediendo así para cada uno de los objetos que están en relacion con una tribu, con una raza de un punto cualquiera de la tierra, quedan establecidas las bases de su lenguaje, y natural es que cada lenguaje esté en armónica relacion con la naturaleza del terreno, la clase de animales que lo habitan, la intensidad y frecuencia de los fenómenos meteorológicos, la mayor ó menor actividad que han empleado para adquirir el alimento, la construccion de los órganos de la voz; todos sabemos que la mas ligera modificaci6n en aquellos hace variar el tono y la aptitud para pronunciar ó emitir los sonidos de las letras consonantes: sobre todo, el oído, en fin, contribuye para la variedad en la imitaci6n de los sonidos, y aquí tenemos explicada la infinita variedad en el lenguaje de los pueblos de la tierra.

De las reflexiones anteriores se desprende esta consecuencia; el filólogo que quiere investigar el origen de una lengua, sus modificaciones, sus progresos, sus mezclas

y trasformaciones, es necesario que vaya al terreno mismo del pueblo en donde se habla ó habló la lengua, objeto de su estudio; que lo examine en todos sus detalles; que estudie las voces de los animales, escuche los ruidos de la naturaleza, y hecho este estudio compare todos esos ruidos, todas esas voces con los tonos, con las voces de la lengua, objeto de su estudio, para ver las relaciones que tengan entre sí.

Procediendo de esta manera, creemos útil, demasiado útil el estudio de las lenguas en general, y especialmente de las muchas que se hablan en nuestro país y en todo el continente americano, no para perfeccionarlas, porque esto es imposible en el estado actual de las sociedades americanas, porque esto seria multiplicar los obstáculos al desarrollo de la civilizaci6n: la diversidad de lenguas impide el movimiento científico; no, sino para clasificarlas, como hace el paleontólogo con los restos animales, para que una vez clasificadas se determine cuáles son las lenguas madres, cuáles las derivadas, &c., y así, ellas sean la base, sean la clave para abrir la puerta del oscuro pasado de los pueblos de este continente, y por medio de ellas, como por medio de los restos animales, explicar y dar una soluci6n á mil problemas etnológicos, geológicos, históricos, &c., que están allí aguardando, como aguardaron por muchos siglos las capas de la tierra la aplicaci6n de las ciencias naturales al estudio de la formaci6n de la costra terrestre.

Grande seria nuestro placer si este pequeño trabajo despertara la curiosidad de las inteligencias privilegiadas de nuestra patria y aun del continente, para que partiendo de este gran principio «partir de lo conocido á lo desconocido,» y aplicando las ciencias naturales al estudio de las lenguas, llegaran á establecer la clasificaci6n de las

lenguas arriba indicadas; y mayor sería nuestro placer si la lengua otomí, desconocida y despreciada, fuese el origen y la ocasión de este nuevo triunfo de las ciencias naturales aplicadas: entónces tal vez se

convendría con los creadores del otomí, en llamarlo, como ellos denominan á esa su lengua singular, *la lengua suprema: hiai-má, hid*, palabra, lengua; *má*, amo, supremo.

GUMESINDO MENDOZA.

LOS HABITANTES PRIMITIVOS DEL CONTINENTE AMERICANO.

SEÑORES:

No es mi ánimo explicar cómo apareció la raza humana sobre la tierra, que llamamos el nuevo continente; mi objeto, en extremo humilde, se reduce á investigar si corresponde el estudio y resolución de tan interesante problema al dogma, á la historia ó á la ciencia; me parece que ya es tiempo de recoger y ordenar algunos hechos, imponiendo silencio á las personas que desde hace tres siglos se empeñan en desfigurarlos.

El dogma se reduce á la pretension de que la ciencia se engaña cuando sus descubrimientos pugnan directamente con las noticias históricas que se suponen de origen divino. Si la teología debiera ser oída sobre los aborígenas de América, de las mismas religiones indígenas nos vendría la revelación mas autorizada: el *génesis* en todos los pueblos se compone de sus observaciones primitivas, y si estas han sido inspiradas por la divinidad, conservarán eternamente su marca por mas que la tradición las desfigure; hé aquí por qué los sacerdotes de diversos cultos no se atreven á ne-

garse mutuamente ciertas relaciones y ciertos principios, conformándose con atribuir la discrepancia á no sé qué miras sinietras del demonio.

Si por cualquier motivo deseamos la revelación americana, como escribimos para todos los hombres, no pudiendo declarar preferente ningun culto, tendríamos que buscar en todos los conocidos aquellas bases sobre la creación humana, en que todos ellos convengan; y verémos con admiración que esas noticias dogmáticas, en los casos en que son comunes á todas las naciones, no se alejan enteramente de la ciencia.

Hé aquí los puntos en que todas las religiones convienen:

1º La tierra ha sufrido, por lo ménos, un gran cambio en la forma de sus continentes y en sus producciones;

2º El hombre apareció, por lo ménos, ántes del último cambio;

3º Los hombres de ambas épocas se diferencian, por lo ménos, en la duración media de su vida;

4º Los hombres se dividen en razas, por lo ménos, á causa del clima;

5º Las razas tienen diversas propensiones, y

6º Las propensiones dependen de la diversa organización, de tal modo que estas unas veces acerca el hombre al animal por degeneración, así como otras veces por la perfección acerca el mono y otros animales al hombre.

Las fórmulas expresadas no pueden considerarse como un obstáculo para las observaciones científicas; y aunque es verdad que la teología universal se inclina á la formación de un par de individuos cuando se trata del origen del hombre, no nos sería difícil probarle que ella misma multiplica los pares cuando le conviene. Lo que caracteriza verdaderamente á la teología, es la intervención directa de la divinidad en todas las creaciones; y nos bastará esta exigencia para declarar fundadas todas sus doctrinas en un absurdo.

Sea cual fuere, en efecto, el sistema que se adopte sobre el origen del mundo, la ciencia gira sobre este principio: *el universo y sus partes se conservan y reproducen por las leyes generales y constantes de la materia*. Los pueblos bárbaros no conocen esas leyes, y obligan á la divinidad á intervenir personal é inmediatamente en los mas insignificantes fenómenos de la naturaleza. Los pueblos semibárbaros, descubriendo algunas de esas leyes, niegan su influencia sobre la creación humana, é insisten en que la divinidad se ha encargado de dirigir especialmente todo lo que interesa á ese animal que se llama hombre. La ciencia, empero, proclama que para la divinidad todos los fenómenos son iguales; y así es que, ó interviene en todos ó en ninguno, y en ambos casos el resultado es idéntico, puesto que de todos modos la experiencia sola puede alumbrarnos en el estudio general y pormenorizado del universo.

La ciencia no disputa por nombres, y cuando encuentra una ley, lo mismo le da llamarla natural que divina. Por lo que hace á la revelación, no se le debe ningun descubrimiento; y ella jamas demuestra ni discute, sino que absolutamente se impone. No obliguemos al dogma á intervenir contra su voluntad en nuestras investigaciones científicas; arranquemos al mundo de las manos de la teología para contemplarlo, y no pidamos noticias sobre los indios á un génesis que no los conoció, y que si los hubiera sospechado, los declararía imposibles.

Inútiles son, pues, las noticias de la teología; ¿pero nada, por ventura, significan? Su importancia consiste en que ellas nos conservan los primeros sistemas científicos, y nos atestiguan cómo la imaginación ha descarriado á la experiencia siempre que ha pretendido dirigirla. La tierra conserva, aunque desgarrado, el ropaje de sus diversas transformaciones, y la teología las atribuye á un solo cataclismo. El hombre ha presenciado los cambios parciales que modifican nuestros continentes y nuestros mares, y la teología la supone anterior á su único cataclismo. La raza humana se trasfigura visiblemente de siglo en siglo; y la teología acepta dos razas diversas, una ante y otra postdiluviana. Los hombres intertropicales y los del círculo polar son sensiblemente diversos, aunque igualmente degenerados con relación á los habitantes de los climas templados, y la teología admite una diversidad de origen que confirma con la imaginaria existencia de los gigantes. La diversidad de organización y de propensiones, es una consecuencia necesaria de los antecedentes expuestos. ¿Qué cosa no aceptan los libros religiosos? Si ellos despues se manifiestan intolerantes, es por una condescendencia comprensible ante la tiránica y no desinteresada voluntad de sus